

VISITA DE LOS CHISTES

Á DOÑA MIRENA RIQUEZA

HARTO es que me haya quedado algún discurso, después que veo á vuesa merced, y creo que me dejó este por ser de la muerte. No se lo dedico porque me lo ampare; llévoselo yo, porque el mayor designio desinteresado es el mío, para enmienda de lo que puede estar escrito con algún desaliño, ó imaginado con poca felicidad. No me atrevo yo á encarecer la invención, por no acreditarme de invencionero. Procurado he pulir el estilo y sazonar la pluma con curiosidad. Ni entre la risa me he olvidado de la doctrina, si me han aprovechado el estilo y la diligencia. Le remito á la censura que vuesa merced hiciere de él, si llega á merecer que le mire, y podré yo decir entonces que soy dichoso por sueños. Guarde Dios á vuesa merced, que lo mismo hiciera yo. En prisión y en la Torre, á 6 de Abril de 1722.

A QUIEN LEYERE

He querido que la muerte acabe mis discursos, como las demás cosas; quiera Dios que tenga buena suerte. Este es el quinto sueño; no me queda ya que soñar; y si en la Visita de los Chistes no despierto, no hay que aguardarme. Si te pareciere que ya es mucho sueño, perdona algo la modorra que padezco; y si no, guárdame el sueño, que yo seré sietedurmiente de las tales figuras. VALE.

Están siempre cautelosos y prevenidos los ruines pensamientos: la desesperación cobarde, y la tristeza esperando coger á solas á un desdichado para mostrarse alentados con él (propia condición de cobardes, en que juntamente hacen ostentación de su malicia y de su vileza). Por bien que lo tengo considerado en otros, me sucedió en mi prisión; pues habiendo (ó por acariciar mi sentimiento, ó por hacer lisonja á mi melancolía) leído aquellos versos que Lnrecio escribió, con tan animosas palabras me vencí de la imaginación, y debajo del peso de tan ponderadas palabras y razones, me dejé caer tan postrado con el dolor del desengaño que leí, que ni sé si me desmayé advertido ó escandalizado. Para que la confesión de mi flaqueza se pueda disculpar, escribo por introducción á mi discurso la voz del poeta divino, que suena así, rigurosa con amenazas tan elegantes:

- «Denique si vocem, rerum natura repente
 »Mittat, et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa:
 »Quid tibi tantopere est, mortalis, quod nimis ægris
 »Luctibus indulges? Quid mortem congemis, ac fles?
 »Nam si grata fuit tibi vita antea, priorque,
 »Et non omnia, pertusum congesta quasi in vas,
 »Commoda perfluxere, atque ingrata interiire:
 »Cur non, ut plenus vitæ, conviva, recedis?
 »Æquo animoque capis securam, Stulte, quietem?»

Al fin, hombre nacido
 de mujer flaca, de miseria lleno,
 á breve vida como flor traído,
 de todo bien y de descanso ajeno;
 que, como sombra vana,
 huye á la tarde, y nace á la mañana.

Con este conocimiento propio me acompañaba luégo esta coplita:

Guerra es la vida del hombre
 mientras vive en este suelo:
 y sus horas y sus días
 como las del jornalero.

Yo, que arrebatado de la consideración, me vi á los piés de los desengaños, rendido, con lastimoso sentimiento y con celo enojado, repetía estos en la fantasía:

¡Qué perezosos piés, qué entretenidos
 pasos lleva la muerte por mis daños!
 El camino me alargan los engaños,
 y en mí se escandalizan los perdidos.
 Mis ojos no se dan por entendidos;
 y por descaminar mis desengaños,
 me disimulan la verdad los años,
 y les guardan el sueño á los sentidos.
 Del vientre á la prisión vine en naciendo,
 de la prisión iré al sepulcro amando,
 y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.
 Cuantos plazos la muerte me va dando,
 prolijidades son que van creciendo,
 porque no acabe de morir penando.

Entre estas demandas y respuestas, fatigado y combatido (sospecho que fué cortesía del sueño piadoso, más que natural) me quedé dormido. Luégo que desembarazada el alma se vió ociosa sin la tarea de los sentidos exteriores, me embistió de esta manera la comedia siguiente; y así la recitaron mis potencias á obscuras, siendo yo, para mis fantasías, auditorio y teatro.

Fueron entrando unos médicos á caballo en unas mulas, que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe y desigual; de manera que los dueños iban encima en mareta, y algunos vaivenes de serradores; la vista asquerosa de puro pasear los ojos por orinales y servicios; las bocas emboscadas en barbas, que apenas se las hallara un brazo; sayos con resabios de baqueros; guantes en infusión, doblados como los que curan; sortijón en el pulgar, con piedra tan grande, que cuando toma el pulso pronostica al enfermo la losa. Eran éstos en gran número, y todos rodeados de platicantes, que cursan en lacayos, y tratando más con las mulas, que con los doctores, se graduaron de médicos. Yo, viéndolos, dije:

—Si de estos se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan á nosotros.

Alrededor venía gran chusma y caterva de boticarios, con espátulas desenvainadas y jeringas en ristre, armados de cala en parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que éstos venden, aunque estén caducando en las redomas de puro añejos, y los socrocios tengan telarañas, los dan; y así son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalle del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del doctor, y acábase en las campanas de la iglesia. No hay gente más fiera, que estos boticarios; son armados de los doctores, y ellos les dan armas. No hay cosa suya que no tenga achaques de guerra, y que no aluda á armas ofensivas; jarabes, que antes les sobran letras para jara, que les falten; botes se dicen los de pica; espátulas son espadas en su lengua; píldoras son halas; clísteres y melecinas, cañones; y así se llaman cañón de melecina. Y bien mirado, si así se toca la tecla de las purgas, sus tiendas son purgatorios, ellos los infiernos, los enfermos los condenados á muerte, y los médicos los diablos. Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamás.

Venían todos vestidos de recetas y coronados de erres asaetadas, con que empiezan las recetas. Y consideré que los doctores hablan á los boticarios diciendo: *Récipe*, que quiere decir *Recibe*. De la misma suerte habla la mala madre á la hija, y la codicia al mal ministro. Pues decir que en la receta hay otra cosa que erres asaeteadas por delinquentes, y luégo *Ana, Ana*, que juntas hacen un Annás para condenar á un justo. Sigúense uncias y más onzas: ¡qué alivio para desollar un cordero enfermo! Y luégo ensartan nombres de simples, que parecen invocaciones de demonios: *Ruptalmus, Opoponach, Leontopelatum, Tra-*

goriganum, Potamegotum, Seni pugillo, Diacatolicon, Petroselinum, Scila y Rapa. Y sabido qué quiere decir tan espantosa baraúnda de voces tan rellenas de letrones, son zanahoria, rábanos, perejil y otras suciedades. Y como han oído decir que quien no te conoce te compre, disfrazan las legumbres, porque no sean conocidas, y las comprenden los enfermos. *Eglematis* dicen lo que es lamer; *Catapocia* las píldoras; *Clister*, la melecina; *Gres* ó *bolanos* la cala, y *Errhina* el moquear. Y son tales los nombres de sus recetas y tales sus medicinas, que las más veces de asco de sus porquerías y hediondecas con que persiguen á los enfermos, se huyen las enfermedades.

¿Qué olor habrá de tan mal gusto, que no huya de los tuétanos por no aguardar el emplasto de Guillen Servén, y verse convertir en baúl una pierna ó muslo donde él está? Cuando ví á estos y á los doctores, entendí cuán mal se dice, para notar diferencia, aquel asqueroso refrán: Mucho va del c... al pulso; que antes no va nada; y sólo van los médicos, pues inmediatamente desde él van al servicio y al orinal á preguntar á los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió á la cámara y á la orina. Y como si el orinal les hablase al oído, se le llevan á la oreja, avahándose los barbones con su niebla. Pues verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar su parecer al bacín y su dicho á la hedentina, no les esperará un diablo. ¡Oh malditos pesquisidores contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrias, azotan con ventosas y destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos, sin alma, y sin conciencia!

Luégo se seguían los cirujanos, cargados de pinzas, tientes, cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones, y entre ellos se oía una voz muy dolorosa á mis oídos, que decía:

—Corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, ajigota, rebana, descarna y abrasa.

Dióme gran temor, y más verlos el paloteado que hacían

con los cauterios y tientas; unos huesos se me querían entrar de miedo dentro de otros, y híceme un ovillo.

En tanto, vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes, haciendo bragueros; y en esto conocí que eran sacamuelas: el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos, con las muelas ajenas, y no ver diente que no quieran ver antes en su collar, que en las quijadas, desconfían á las gentes de Santa Polonia, levantan testimonios á las encías y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato, que tuve en ver sus gatillos andar tras los dientes ajenos como si fueran ratones, y pedir dineros por sacar una muela, como si la pusieran:

—¿Quién vendrá acompañado de esta maldita canalla?—decía yo;—y me parecía que aun el diablo era poca cosa para tan maldita gente; cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco; tocaban todos pasacalles y vacas. ¡Que me maten si no son barberos esos que entran! No fué mucha habilidad el acertar que esta gente tiene pasacalles infusos y guitarra gratis dada; era de ver puntear á unos y rasgar á otros. Yo decía entre mí:

—¡Dolor de la barba, que ensayada en saltarenes, se ha de ver rapar, y del brazo que ha de recibir una sangría pasada por chaconas y folias!

Consideré que todos los demás ministros del martirio, inductores de la muerte, estaban en mala moneda, y eran oficiales de vellón y hierro viejo, y que solos los barberos se habían trocado en plata. Entretúveme en ver manosear una cara, sobacar otra, y lo que se huelgan con un testuz en el lavatorio.

Luégo comenzó á entrar una gran cantidad de gente; los primeros eran habladores, que parecían azudas en conversación, cuya música era peor, que la de órganos destemplados. Unos hablaban á hilván; otros á borbotones; otros á chorretadas, y otros habladorísimos hablaban á cántaros; gente que parece que lleva pujo de decir necedades, como

si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron que eran habladores de diluvios, sin escampar de día, ni de noche; gente que hablaba entre sueños y que madrugaba á hablar. Había habladores secos, y habladores que llaman del río, ó del rocío, y de la espuma, gente que graniza de perdigones. Otros que llaman taravilla, gente que se va de palabras, como de cámaras; que hablan á cada furia. Había otros habladores nadadores, que hablan nadando con los brazos hacia todas partes, y tirando manotadas y coces; otros gimios, haciendo gestos y visajes. Venían los unos consumiendo á los otros.

Seguíanse los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia, y andaban hechos uñas de las vidas ajenas, espulgándolos á todos. Venían tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos, risueños, bien vestidos y medrados, que no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un grande auditorio de mentecatos y ruines.

Detrás venían los entremetidos, muy soberbios, satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venían ingiriéndose en los otros y penetrándose en todo, tejidos y enmarañados en cualquier negocio; solapos de la ambición y pulpos de la prosperidad. Estos venían los postreros, según pareció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venían tan apartados. Y dijéronme unos habladores (sin preguntarlo yo á ellos):

—Estos entremetidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos.

En esto, estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento, y no sabía imaginar quién pudiese venir.

En esto entró una que parecía mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo